

estimacion en que se le tenia, el collar de la insigne orden del Toison de Oro.

Tal es en resumen el cuadro de la agitada y gloriosa vida del hombre eminente, cuya pérdida lamentamos hoy como irreparable y cuya memoria se apresuran á honrar de extraordinaria y desusada manera, así las corporaciones científicas, que han tenido el honor de contarle entre sus individuos, como los escritores todos que veían en él una gloria de la patria, tan respetable por su talentos como por sus nobles prendas.

GUSTAVO BECQUER.

DEMOSTRACIONES CRITICAS, PARA LOS LECTORES DE EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, IMPRESO EN ARGAMASILLA DE ALBA.

(CONCLUSIÓN.)

Párrafo XLII.

Parte II, cap. XX. Nota 104, tomo 3.º

Texto de Cervantes. «¡Oh, tú, bienaventurado sobre cuantos viven sobre la haz de la tierra, pues sin tener invidia, duermes con sosegado espíritu, ni te persiguen encantadores ni sobresaltan encantamientos! Duerme, digo otra vez, y lo diré otras ciento, sin que te tengan en continúa vigilia celos de tu dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que debas, ni de lo que has de hacer para comer otro día tú y tu pequeña y angustiada familia.»

El señor Hartzzenbusch ha suprimido la palabra *otra*, y en su lugar ha puesto *una*; y dice para justificar esta corrección: «Así escribiría Cervantes, y no *otra vez*, como se lee en la primera edición del año 1615: en aquel caso era la primera vez que decía don Quijote *duerme*, dirigiéndose á Sancho.»

No cabe la menor duda sobre que hay algo que corregir en este pasaje del *Quijote*, pues efectivamente, no puede decirse *digo otra vez*, cuando se dice por primera vez una cosa. El mal está en que la corrección hecha, á mas de no ser muy castiza, suprime una palabra del texto y pone otra en su lugar. Todo esto puede evitarse con solo poner en el texto *duermes* donde dice *duerme*, y variar un poco la puntuación: vamos á verlo.

Don Quijote no se halla en el caso de desear que Sancho duerma, y lo prueba el que tan luego como concluye su exclamación le despierta con el cuento de su lanza, y como disgustado de ver la felicidad material de aquel hombre todo carne; felicidad que compara, con la mas honda amargura, con su estado de angustiosa vigilia: nada puede darse mas sentido, melancólico y profundo que aquella exclamación.

Suponiendo, pues, que el *duerme* que don Quijote dijo á Sancho es imperativo, habria que conceder que lo dijo en tono sarcástico; y bien se nota que el sarcasmo no está en armonía ni con el carácter de don Quijote, ni con el sentimiento tan natural y sencillo que brota del pasaje que nos ocupa.

Esto sentado, la exclamación quedará corregida escribiendo: «¡Oh tú, bien aventurado sobre cuantos viven sobre la haz de la tierra, pues sin tener invidia ni ser envidiado, *duermes* con sosegado espíritu! ni te persiguen encantadores, ni sobresaltan encantamientos! *Duermes*, digo otra vez, y lo diré otras ciento...»

Lo que hemos colocado entre los dos primeros signos de admiración, está dicho con el tono de la exclamación mas vehemente; algo mas débil y reflexivo es el tono de la segunda exclamación, que hasta ahora, y sin ninguna razón, ha formado parte de la primera; lo que sigue: *Duermes digo otra vez...* es la amplificación del primer arranque.

El que no sea buen lector (yo confieso que no lo soy), oiga leer este pasaje á cualquiera de los señores Ventura de la Vega, Cañete, Florentino Sanz ó Romea, y verá hasta dónde llega la música de la lengua castellana.

Párrafo XLIII.

Parte I, cap. XXV. Nota 182, tomo I.

Texto de Cervantes. «Y sería bueno ya que no hay papel, que la escribiésemos, como hacían los antiguos, en hojas de árboles.»

El corrector escribe *de ciertos árboles*, y dice: «Con algo manifestaría Cervantes que no se podía escribir... en las hojas de los árboles que tenían alrededor.»

Cervantes sabia que la exactitud de las lenguas tiene sus límites, señalados por el uso. Supongamos que Cervantes hubiese escrito: *en hojas de ciertos árboles*, en este caso el señor Hartzzenbusch podría haber puesto: *en hojas de ciertos árboles cogidas en cierta sazón*, y luego haber dicho en una nota: con algo manifestaría Cervantes que no siempre podían servir para que se escribiese en ellas las hojas de aquellos árboles.

De estas correcciones frívolas hay muchas, muchí-

simas en la edición argamasillesca, pero á este asunto no dedicaremos ya mas que el párrafo siguiente.

Párrafo XLIV.

Parte II, cap. XX. Nota 110, tomo III.

Texto de Cervantes. «Adán, no hay duda sino que tuvo *cabeza y cabellos*, y siendo esto así... alguna vez se rascaría.»

El corrector escribe *cabeza y cabellos y manos*, y dice con la mayor seriedad del mundo: «Se trata de rascarse, para lo cual hacen falta las *manos*, palabra que no está en las demás ediciones, y no sería por culpa del autor.»

Todo el mundo sabe el dicho de Carrasco: «cuando me pica me rasco», de lo cual se deduce que cuando no le picaba, no se rascaba, y debía ser así, á no ser que se conceda que puede haber un efecto sin causa, lo cual es absurdo.

Segun esto, para que Adán se rascase, era forzoso que además de tener cabeza y cabellos y manos, le picase: deberá, pues, corregirse este lugar del *Quijote* escribiendo: Adán, no hay duda sino que tuvo cabeza y cabellos y manos, y que alguna vez le picaría, y siendo esto así, alguna vez se rascaría.

Párrafo XLV.

Parte I, cap. V. Nota 74, tomo I.

Texto de Cervantes. «Todo esto estaban oyendo el labrador y don Quijote.»

El corrector escribe: «Todo esto estaba oyendo el labrador,» y dice: «Si don Quijote hubiera oído que el cura se proponía quemarle al día siguiente sus libros, no hubiera tragado tan fácilmente el cuento del mago que los había hecho desaparecer: se han suprimido las palabras *y don Quijote*, porque ó se olvidó á Cervantes borrarlas, ó quizá su intención fue escribir: «Todo esto estaba oyendo de don Quijote (esto es, acerca de don Quijote) el labrador.»

Supóngase que don Quijote aunque *oía no atendía*, y nada habrá ya que corregir.

A mas de esto, el inconveniente, si le hay, no desaparece con la variación que ha hecho el señor Hartzzenbusch. Demos que lo que éste ha escrito lo hubiese escrito Cervantes; en este caso el corrector hubiera podido escribir: «Todo esto estaban oyendo el labrador y don Quijote,» y decir luego en una nota: donde estaba el labrador estaba don Quijote, y no se ve por qué razón lo que oía el uno no lo había de oír el otro, mucho mas cuando sabemos que don Quijote tenía el sentido del olfato tan vivo como el de los oídos (1).

De estas enmiendas en que por hacer que desaparezca un levisimo defecto se incurre en uno gravísimo, hay muchas en la edición de Argamasilla, siendo una de las mas notables la del robo del Rucio. Si antes de que éste parezca no aparece ya Sancho montado en él como el bachiller Sansón Carrasco habla en el capítulo IV de la segunda parte de una contradicción que ya no existe? Preguntar por qué hay una contradicción que no hay, ¿no es una contradicción? ¡Ah, señor Hartzzenbusch!

Párrafo XLVI.

Parte II, cap. LVIII. Nota 86, tomo IV.

Texto de Cervantes. «Dos veces repitió estas mismas razones, y dos veces no fueron oídas de ningún aventurero; pero la suerte, que sus cosas iba encaminando de mejor en mejor, ordenó que de allí á poco se descubriese por el camino muchedumbre de hombres de á caballo.»

El corrector escribe: «Dos veces repitió estas mismas razones, *aquel día y otro*, y dos veces no fueron oídas de ningún aventurero; pero la suerte, que sus cosas iba encaminando de mejor en mejor, ordenó que *al segundo día...*»

Se ve que el corrector ha intercalado en el texto las palabras *aquel día y otro*, y que en lugar de *allí á poco* ha puesto *al segundo día*.

Procurando el corrector dar razón de por qué ha intercalado *aquel día y otro*, dice: «Palabras que faltan en la primera edición, y que hace necesarias lo que luego se lee. Pronuncia dos veces don Quijote su reto, llegan los toros y le atropellan; se levanta y se vá de allí sin despedirse de las zagalas, incítale Sancho á que tome alimento, y él dice afligido: «Cuando esperaba triunfos... me he visto *esta mañana pisado*.» Ahora bien, don Quijote salió del castillo por la *mañana*; después halló á unos labradores *comiendo*; á poco se encontró con las hermosas zagalas, y *comió* en su compañía: después de *comer* ofreció sostener dos días en el camino real que sus convidadoras eran las doncellas mas hermosas del mundo: era pues, entonces bien entrada la tarde. Ocurriendo la aventura de los toros por la *mañana*, de seguro no pudo ser en el mismo día. Se

(1) Parte I, cap. XX.

han añadido por eso las palabras *aquel día y otro*; mas abajo las de *allí á poco* han sido substituidas con *el segundo día*.»

Vamos á cuentas.

¿Qué se opone á que don Quijote saliese á las seis de la mañana del castillo del Duque? nada: ya se había despedido de él la noche anterior sin duda con ánimo de madrugar. Y no hay que extrañar que los duques madrugasen aquel día, porque el gusto de pasar un rato divertido como el que pasaron, era suficiente compensación de aquella pequeña incomodidad. Por otra parte, don Quijote salió esta vez del castillo del duque el 16 de agosto, sábado por mas señas, segun el diario del señor Hartzzenbusch, y ya se sabe, aunque no se haya estudiado astronomía, que á mediados de aquel mes, sale todavía el sol bien temprano, y es gustoso madrugar.

¿Qué se opone á que encontrase á las nueve de la mañana á los labradores que estaban comiendo? nada: este encuentro tuvo lugar á poco mas de una legua del castillo, y esta distancia bien pudo andarla Rocinante en dos horas; pues aunque pasicorto y flemático, se había llevado por muchos días una vida de príncipe, sin trabajar y comiendo bien. Ni se opone el que don Quijote encontrase á los labradores, el decir que éstos estaban *comiendo*, porque *comer*, en el sentido mas lato de esta palabra, puede hacerse á cualquier hora, ¿quién será capaz de asegurar que los labradores comían por primera vez, aquel día, cuando los encontró don Quijote? Pues si no puede asegurarse que por primera vez comían, solo puede decirse que *comían* tomando esta palabra en su mas lata acepción.

Después come don Quijote con los de la pastoral Arcadia, y esto pudo muy bien ser á las diez y media ú once; pues además de que en aquel tiempo comía la gente principal muy temprano, se sabe que en un día de campo suele alterarse las horas de comer, pues como el apetito se despierta, se almuerza y come mas temprano.

De todo lo dicho se infiere, que bien pudieron los de la contrahecha Arcadia, levantarse de la mesa con sus huéspedes, don Quijote y Sancho, acompañarlos hasta verlos puestos en medio del camino real, que *no lejos* del verde prado estaba, y *de allí á poco* huir al ver venir los de las lanzas, sin que al suceder esto último fuesen todavía las doce.

Segun esto, la corrección hecha por el señor Hartzzenbusch está de mas, pues se ve que la aventura de los toros pudo suceder por la mañana, y por consecuencia pudo don Quijote decir después: «me he visto *esta mañana pisado*.»

Miremos ahora la cuestión bajo otro punto de vista. Concedamos que es forzoso que la palabra *mañana* desaparezca del texto. Pues bien, en diciendo don Quijote *esta tarde* y no *esta mañana*, se consigue el objeto, sin necesidad de hacer en el texto tan graves alteraciones.

Es por otra parte inadmisibile la corrección hecha por el señor Hartzzenbusch, porque con ella se hace estar á don Quijote algunas horas en dos días sucesivos plantado en medio de un camino real, sin que en ellas pase siquiera un alma por aquel. En efecto, si alguna persona hubiese pasado, aunque hubiese sido mercader, soldado ó fraile, no hubiera dejado el andante caballero de hacerle confesar públicamente la sin igual belleza de las pastoras; y pues esto no sucedió hasta el segundo día cuando se dejaron ver los hombres de las lanzas, claro está que hasta entonces nadie pasó ni cruzó allí donde estaba don Quijote por el camino real.

Y los pastores y pastoras de la fingida Arcadia, ¿qué hicieron en las pocas ó muchas horas que don Quijote estuvo plantado en medio del camino? ¿Tendrían aquella noche una toledana, quedándose á dormir cerca de la carretera como guardas de viñas? Pero no, que hace mal el sereno: sin duda durmieron en sus tiendas, llevándose á don Quijote y Sancho, y luego, á la mañana siguiente volvieron á acompañarlos al sitio del otro día, ó por allí junto.

Concluyamos: el señor Hartzzenbusch con su corrección ha prolongado, contra todas las reglas de la sana crítica, una escena que Cervantes hizo de poca duración, porque sabia éste que no puede serlo de mucha, nada que es violento.

ZACARÍAS ACOSTA.

LOS COROS DE CLAVÉ Y LA MÚSICA

ESPAÑOLA.

I.

Si compositor contemporáneo español ha dado lugar á críticas opuestas dichas en papeles ó en tertulia, ese es sin duda el señor Clavé. A los ojos de algunos es una nulidad á quien el olvido aguarda para sepultarle en sus entrañas; y á los de otros es un genio á quien la inmortalidad destina una corona. Nosotros que juzgamos de las cosas de arte, no por comparaciones de autor á autor, ni por reglas escolásticas, sino por aquellos

principios generales de la estética que deben acatar las invenciones, habíamos intentado explicarnos varias veces juicios tan opuestos; y aun cediendo al deseo que siempre nos anima de proponer cuestiones fecundas para el arte, teníamos hecho el plan de unos artículos,

en los que, deslindando el carácter general de la música de Clavé, su estilo peculiar y los opuestos puntos de partida de admiradores y vilipendiadores, sacásemos á luz lo que entendiésemos del sugeto; pero las circunstancias lo han dispuesto de otra suerte, y nues-

tros amigos que esperan al menos seis artículos (pues materia hay para escribirlos), tendrán que reducirse á leer en solo dos, no muy largos, nuestra opinion sobre ese autor.

No esperen los profesores de nosotros un trabajo

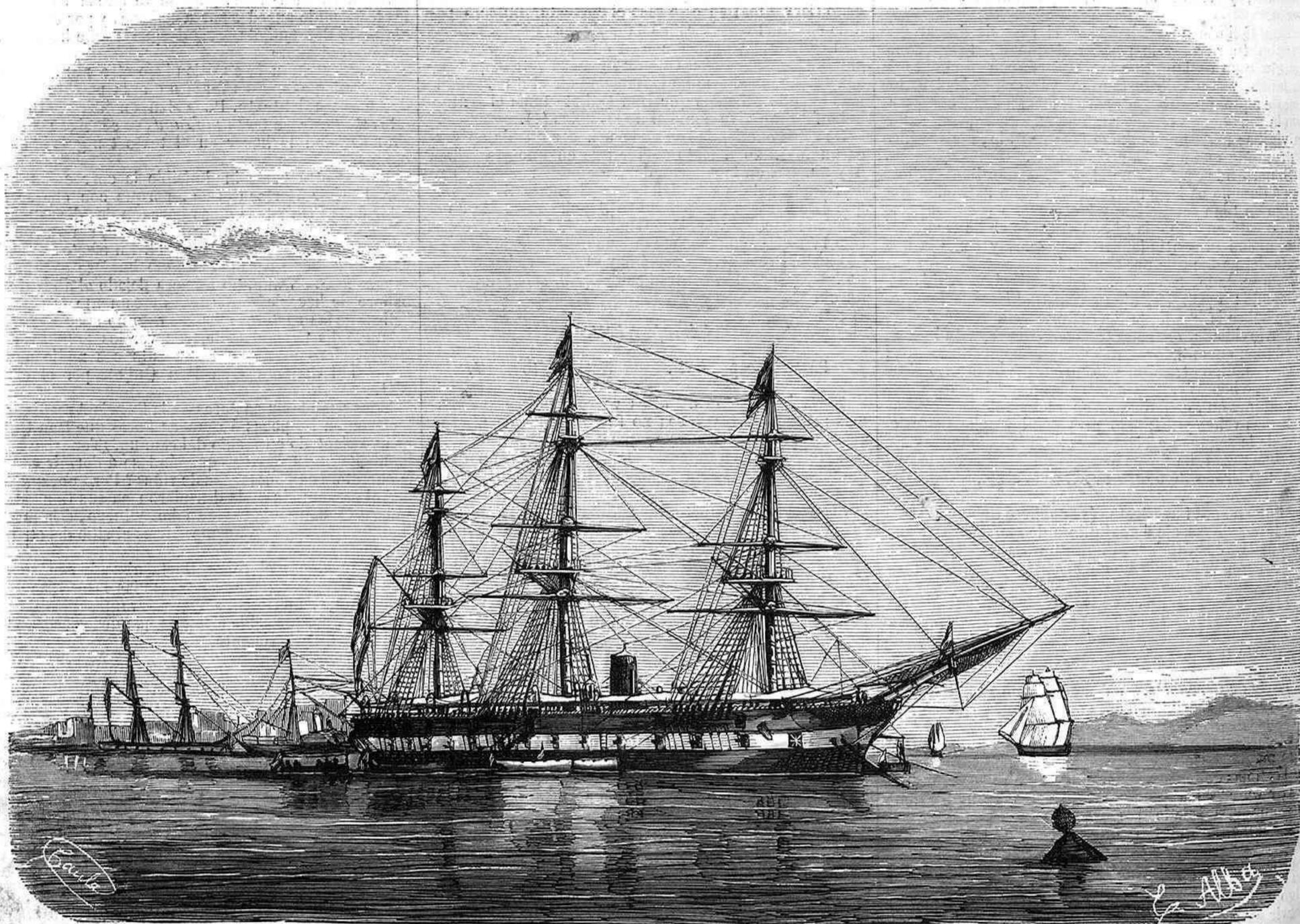


DON ANGEL SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS.—MEDALLA ACUÑADA EN PARIS.

técnico sobre la parte instrumental; porque sobre no conocer el mecanismo, aun cuando fuéramos instrumentistas consumados, no llevaríamos el análisis á esta parte. La instrumentacion es la lengua de la música; domina en ella la inspiracion musical; y á tal punto ésta la sujeta, que le dice las combinaciones que debe tomar y considera el menor desvío de sus órdenes como una rebeldía lamentable que hace traicion á su idea y la

compromete ó falsifica. No por esto opinamos como aquellos que aseguran que el profundo conocimiento instrumental es inútil al compositor y hasta dañoso; sino que creemos firmemente, por razones de alta ciencia, que ese conocimiento ensancha, muy al contrario, la concepcion, da á la inspiracion mas amplitud y complemento, y ayuda á adquirir una variedad de estilo que redunde en beneficio de la obra.

Tampoco crean los amigos del señor Clavé que estamos en camino de entonar laudes á su idolo; ni sus criticadores que vamos á unir á su murmuracion nuestra ceasura; sino que la idea con que empezamos este asunto es raciocinar, como solemos, no cuidándonos absolutamente que redunde ese análisis en pró ó en contra del examinado: imparciales, como siempre hemos sido, podrá ser que nos equivoquemos ó engañe-



MARINA ESPAÑOLA.—LA FRAGATA «CARMEN.»

mos, pero no será en ninguna manera que vayamos á transigir con nuestra propia conciencia.

La primera impresion estética que sentimos de los coros fue malísima. Donde el gusto no veía vulgaridad veía amaneramiento: repugnábale las piezas de contrapunto, y no salían mejor libradas otras figuras de estilo: acostumbrado á las sabias y altas armonías de las obras de *artistas*, no viendo en Clavé periodos rotundos y sonoros y conceptos de afiligranada inspiración, no sentía su valor. Pero nosotros no juzgamos nunca de una obra por las primeras impresiones que nos da, sino que guardándolas con cuidado, buscamos

la causa en el estudio detenido; hasta que alcanzando por el análisis su mérito, ponemos sobre sí el corazón, y volviendo á probar las impresiones, cotejamos los dos efectos con la idea concebida, y resumiendo, formamos tanto en buenas letras como en bellas artes nuestra opinión.

La desconfianza que tuvimos en el primer efecto de los coros fue mayor, por cuanto si bien lo apoyaban las hablillas de los músicos de aquí y de Barcelona; la popularidad en que estaban y el mal éxito de los que los habían imitado, con pretensiones de aventajarlos ó igualarlos, nos daban mucho en que pensar. Buenos

elementos habria en esos cantos cuando atraían á todas las clases sociales, y dificultades superiores cuando desairaban el orgullo de mas de un artista acreditado. Entonces, dejando aparte para oportuna ocasión todo recuerdo de *música artística*, nos atuvimos al carácter de la música de Clavé y subimos escalon á escalon hasta el conocimiento de su mérito. Fue un trabajo penosísimo que el entendimiento rehusó varias veces continuar; pero al fin entrevimos lo que era, y después de un recogimiento algo largo, comprendimos fácilmente en qué estribaba la opinión de los que nada ven en el autor, y aquella otra que en tanta manera le en-



LA MISA DEL ALBA.—TIPOS DEL ALTO ARAGON.—DIBUJO DE DON VALERIANO BECQUER.

salza. Con este trabajo obtuvimos otra prueba de que hay obras cuyo carácter exige de la crítica estudios muy penosos, sino quiere ponerse en ridículo ó ser injusta por las opiniones que emita.

Con referencia á Clavé, vimos por paradójico que á muchos les parezca, que sus cantos eran fruto de meditaciones laboriosísimas y largas, y que su estilo, al parecer tan fácil y espontáneo, solo se había desenvuelto tardemente y desplegado y redondeado á esfuerzos del estudio. Y con tal claridad lo vimos y con tal fuerza lo sentimos, que con sus inspiraciones primitivas venceríamos al mismo autor si viniese á refutarnos. Este resultado fue para nosotros, tan amantes del estudio y tan creyentes en sus discípulos, una favorable indicación, y cuando ya libres enteramente de preocupaciones y temores, pudimos recorrer los giros de aquel estilo y levantarnos hasta dominar la inspiración, diji-

mos sin vacilar y con sorpresa que Clavé representaría en la historia de nuestra música el papel que Lope de Rueda en la literaria, porque si dejando aparte el valor intrínseco de cada uno, el poeta ayudó á echar los fundamentos de un teatro que engendró el francés y ayudó á la concepción del de otros pueblos, Clavé ha fundado por sí solo la música popular española, fundado la catalana y fundado los coros españoles, origen de nuestra ópera como probaremos en su punto.

Pero el nombre de Lope de Rueda en comparación con el de Clavé, habrá escitado la desconfianza de los literatos *diletantes*, que recordando la forma sóbria, científica, artística del poeta, no le hallarán paralelo con la forma estraña de nuestro autor. Pero si bien es cierto que no hay igualdad, es oportuno decir, que Lope halló esa forma ya inventada en la *Celestina*, y que Clavé no tuvo un solo guía para hallar la suya, y

afortunadamente para España no fué á buscar modelos en el extranjero. Otros observarán que la música popular existía ya en España mucho antes de Clavé; y como prueba citarán los cantos catalanes y andaluces, y los de otras provincias renombradas, tan empapados de color local, que es dificultoso confundirlos; lo cual no podemos admitir, porque basta comparar las cantinelas de los romances catalanes con las melodías de Clavé, para echar de ver que aquello no era música propiamente, sino varias entonaciones características, sin conjunto ni poética inspiración: llevan todo lo mas, así como los cantos de las otras, algun elemento musical, pero derivado en su parte armoniosa de la estructura de la letra, y en la melódica del carácter sentimental de la provincia.

Pero estos elementos que no bastan para cumplir el objeto de ese arte, son un dato inapreciable, que igno-

ramos si aprovechó el señor Clavé; pues viniendo henchidos del espíritu general de la provincia, iluminan á aquellos que buscan el carácter musical de cada una, para escribir composiciones que sean verdaderamente populares.

No desconocemos ni tratamos de ocultar que España tuvo en otros tiempos compositores cuya fama recuerda la historia; pero al ver el aislamiento en que se halla y se ha hallado desde principios de este siglo nuestra música, bien puédesse decir ó que no seguían el camino musical que lleva á la cumbre de este arte, ó bien que por haberse olvidado y perdido sus trabajos, todo queda para hacer. Tampoco menosaban la figura del señor Clavé los trozos de música andaluza que existen; pues aunque su forma artística le da un valor plástico real, son generalmente trozos de escasisima importancia, por reducirse á bailes y fantasías, que distan mucho de llenar las condiciones de una música andaluza, que aun no solo se ha de hallar, sino tambien de buscar.

Clavé como Lope de Rueda, admira y deleita al crítico imparcial. Su composición sorprende el ánimo y su invención lo regocija. Es un tipo como instrumentista y un tipo como poeta musical. No se sabe cómo ha hecho para revestir sus ideas de conceptos; y cuando se examinan con cuidado, tampoco se acierta á explicar cómo expresa con ellos tantas cosas. En el género bucólico es un maestro. Su música es tan catalana, que difícilmente personas no catalanas la comprenderán y sentirán bien de una vez; y en sus idilios tan campestres á la manera catalana, que le aconsejamos desconfie del teatro. Su música necesita del aire puro de las mañanas, ó de la misteriosa luz de una luna en creciente ó en menguante. Y exige sobre todo el ambiente de los campos. No creemos obtenga en ningún teatro el éxito que en Monserrat, cuando con motivo del viaje de la reina desplegó el vuelo entre las concavidades y las breñas. La verdura, el sol levantándose de su cama, las hojas de los árboles moviéndose suavemente, son otros tantos accesorios necesarios para el efecto de aquellas risueñas melodías. Y nos sería imposible pintar el efecto que nos han causado, cuando envuelto el espacio en la oscuridad nocturna, y extendidos por la tierra los rayos de una luna, aun no llena, han venido á turbar con su armonioso estrépito el reposo que hay en la campiña, y á dominar la voz de los rumores misteriosos que de callada se oyen.

Es mucha vida la que hay en aquellos cantos populares; y vida campestre, verdadero espíritu de idilio, en lo cual compiten con los mas aventajados y admirados. Todo está en ellos poéticamente espresado: la armonía y melodía, tienen, por decirlo así, una elegancia popular, y ni un concepto se descubre que peque de rastro. Triscan, ruedan, muévense en bullicio los personajes que toman parte en su acción; y en medio de esto unas notas secas y cortadas con violencia, les dan un no sé qué misterioso que caracteriza estremadamente aquella alegría tan bien pintada, y tan completamente desenvuelta. Es una inspiración que llena el alma de bellas emociones y un movimiento que se lleva nuestro espíritu; y de repente se detienen con brusquedad, emoción y movimiento, y dan paso á la reflexión que viene á darles otro color. Es imposible oírlo con indiferencia. El compositor ha sorprendido la naturaleza, y ésta le ha entregado las armonías incomprensibles que la animan, y las bellezas que la ensalzan, para que linchiase de ellas sus conceptos. Por esto parece aquella música la misma naturaleza, y por esto se olvida al oír la ciudad que se deja tras de sí.

Mérito es este en que no han hecho alto los que detraen al autor; y que no han reunido sus émulos que se han propuesto aventajarle. Todas las composiciones de Clavé, aun las mas flacas, llevan este sello particular. Su inspiración es tan idealmente verdadera; tanta por lo mismo su sencillez, tan desarrollada y completa su expresión, y tan sóbriamente nutridos los conceptos, que en su género son modelos que conviene estudiar, ya que no sea útil imitar. Poco importa que su estilo sea extraño y falte á las leyes musicales: sino desnaturaliza la inspiración, si se dobla, corre, vuela, rueda y se revuelve con la flexibilidad y ligereza y rapidez y atolondramiento que ella ordena; ó si en la calma expresa aquella quietud que llenan de expresión las emociones que la naturaleza despierta ó comunica; el estilo es bueno, porque cumple su deber. Nada de esto falta en los idilios de Clavé. El juega con la parte instrumental, y asombra considerar cómo un compositor formado como él, llega á tan difíciles resultados con tan pocos elementos.

Cierto que no se parece á franceses ni alemanes; pero esto es un mérito que todos debieran envidiarle; y los que le achacan su originalidad de estilo, debieran antes inquirir si esos compositores extranjeros, catalanes de hecho, compondrían música catalana popular, como han compuesto música francesa ó alemana. Ciertamente, le darían un estilo regular, mas ciencia instrumental, mas aliño, mayor variedad, acortando aquí y desmenujando allí, y partiendo de mas alto; pero á ser los primeros á emprenderlo, tropezarían con dificultades de inspiración y expresión que solo vencerían con trabajo y con detrimento de sus obras. Qué en el estilo de Clavé hay monotonías, vacíos, brusquedades, extrañez-

zas, no es ningún mérito decirlo, por ser cosa que se ve palpablemente; pero no bastan estos defectos sin embargo á deslucir sus conceptos, y para llamarle nulidad. La inspiración le distinguirá siempre de entre todos los músicos españoles, y sus idilios le elevarán á una altura á que pocos contemporáneos llegarán. No equivale escribir un *requiem* estrepitoso, ó un *stabat* incomprensible, ó un *sarrete musical*, dicho zarzuela, á inventar una de aquellas cantatas bucólicas tan rebozantes de armonía imitativa; y sean cuales fueren las murmuraciones que escitemos, sostenemos y seguiremos sosteniendo, que es mas en música una bella inspiración regularmente espresada, que una idea sin poesía sabiamente revestida de las formas, que es el caso de nuestro autor.

Nuestros lectores han visto que si hasta aquí hemos elogiado ha sido por razones que nos parecen de algun peso. Nos hemos visto forzados á impugnar la opinión de muchos músicos de Madrid y Barcelona; y conocidas las razones de algunos, no sabemos en verdad qué responderían á las nuestras. No que dudemos de su buena fe cuando atacan á Clavé; pero dudamos, sí, de su criterio musical. Se forman un tipo, y por él juzgan lo ageno; conciben un ideal, y solo aplauden lo que cabe en él: como si el ideal solo tuviera una expresión, y cada pueblo no fuera un tipo. Si ellos meditan imparcialmente lo que aquí llevamos dicho, á buen seguro que cambien de ideas ó modifiquen su rigor.

En el exámen que va á seguir ya no podremos alabar con el mismo esclusivismo que hasta ahora. Las *marinas* del señor Clavé se distinguen por la frescura de la descripción y la armonía imitativa del sugeto llega á tal extremo, que alcanza las armonías imitativas de sus idilios mas perfectos. Pero son esas *marinas* unas piezas imperfectas, que reúnen solamente algunos colores, sin que llegue ninguno á hacer un cuadro. Ignoramos si otros han observado el sabor *realista* en que abundan; grave defecto en las artes y en la música sobre todo; y no obstante hay en las partes destrabadas de esos cantos una poesía tan bella y abundante como la de los mismos idilios; solo que éstos son completos, y en las *marinas* el mar solitario, la arena desierta y los pescadores trabajando hacen un todo frio que no hay medio de poetizar. La imaginación busca inútilmente allí medio de dar al asunto esa redondez de inspiración sin la cual no hay poema, y se ve forzado á confesar que no bastan aquellos elementos á hacer un todo que satisfaga el corazón. Quizá dando lugar en tal cantata á la mujer y á los hijos del pescador se llenaría este vacío, pero si sucediera que viniesen ya incluidos en la pieza, cosa que no creemos, no por esto queda desvanecido el defecto que señalamos, sino empeorada la falta del autor. Menos podemos elogiar sus piezas de grande efecto, como son los *almogavares guerra* etcétera, y algun otro canto grandioso: su música nos ha dejado siempre frios, y cuando la hemos visto salir del toque del análisis hemos sentido mayor frialdad. A nosotros nos parece que el talento de Clavé no es á propósito para las inspiraciones grandiosas, y que cuando nos equivocáramos y lo fuera, se opondría la educación musical que ha recibido á su buena concepción y desarrollo. En las que ha escrito vemos mas energía que ardor, mas ruido que magestad. Ningun rasgo característico las distingue. Los tonos son altos, sonoros, nutridos; pero sin la menor inspiración. Es verdad que toman alguna disposición guerrera las primeras; y las otras una manera magestuosa; pero con tanta vaguedad y amaneramiento, que cansan y lastiman.

El mismo autor ha compuesto con el título de *aplechs* unas piezas que sentimos no conocer, pero que le animamos á cultivar. Los *aplechs* son verdaderas églogas dramáticas en las que sobresaldrá el autor cuando quiera escribirlas con cuidado. Todas las cualidades necesarias tiene su talento para sacarnos verdadero: la gracia, el movimiento, la ingenuidad, el colorido campestre son dotes que posee en alto grado y las necesarias y bastantes para producir églogas de gran valor.

Tal es intrínsecamente el mérito que hallamos en sus obras. Tambien tienen el de no abogar la parte instrumental á la vocal ó mejor, humana.

LUIS CARRERAS.

CUENTO PARA NIÑOS.

EL HIJO DE LA FORTUNA.

I.

Hay fatalistas, que dicen *vita regit fortuna, non sapientia*: hay amantes de los términos medios que murmuran con Plinio, *sunt in his quidem virtutis opera magna; sed majora fortuna*: hay radicales que con mas confianza en sus propias fuerzas gritan, *sui cuique mores fingunt fortunam*; y hay por último tambien inconstantes como Juvenal, que sostienen alternativamente la opinión de que el destino lo es todo y lo de que nada es; de modo que el lector puede escoger á su gusto.

Decir que la fortuna lo hace todo, es un gran recurso para los imprudentes y los envidiosos que salvan su vanidad echando á Dios la culpa de sus derrotas y pin-

tando á los vencedores en el combate de la vida, como los atenienses pintaban al hijo de Conon, dormido mientras el númen protector le traía las ciudades atadas.

Para algunos príncipes podrá tambien ser un recurso y por eso dice Anselot de Tiberio, que se presentaba al Senado como el mas afortunado de los romanos, porque sabiendo todas las máximas de reinar, no ignoraba la confianza que inspira á los pueblos un jefe cuya buena estrella indica que es favorito del cielo. Pero aunque fuese cierto que nuestra actividad para nada sirviese, seria útil creer que el trabajo y la fuerza de voluntad se enseñorean del destino como de un caballo salvaje y le convierten en el mas útil de los esclavos. Mientras se trabaja con la esperanza de un éxito, se goza anticipadamente del éxito mismo, y el que funda su confianza en sus propias fuerzas nunca es del todo vencido: como Anteo cuando luchaba con Hércules, cobra nuevas fuerzas, renace en cada caída. Acostumbrados queridos niños á la idea de que debeis vencer la adversidad y cuantos mas obstáculos os oponga la fortuna, mas satisfacción os causará vencerla; para los corazones generosos la lucha con la fortuna es siempre apetecible. El que tiene un destino adverso es distinguido por la Providencia; el que no se deja vencer por él, es digno del cariño de Dios, y los que se quejan de su suerte en vez de quejarse de sí mismos deben oír este cuento que acaso les será provechoso. Si no le oyen, razon de más para que se le espliquemos.

II.

La Fortuna y la Pereza han sido siempre enemigas y á no ser por lo de prisa que la una corre y lo calma que es la otra hubieran andado mas de una vez á la greña

dando al sol como el sol mismo
toda su posteridad.

La Fortuna pues, tuvo un hijo que dió á criar en secreto.

Aprovechándose de esto y de la ausencia de su madre, la Pereza se apoderó del niño desde sus mas tiernos pasos y le hizo amamantar y educar por la Inconstancia. Como saldría Juan Veleta, (démole este nombre á falta de otro) con tal crianza no hay para qué ponderarlo.

Juan Veleta creció y presentaba las mejores disposiciones para todo. Su figura era hermosa, su talento claro, su cuerpo sano y robusto. La Fortuna pasó por su lado y se complació al verle.—Voy muy de prisa le dijo, pero puesto que no te falta mas que dinero toma esto para encontrarle.

Le arrojó á los pies un azadon y desapareció.

Juan Veleta cogió el azadon con alegría y empezó á cavar; pero vino á poco la Pereza y tras ella la Inconstancia y soltaron la risa al verle.—Trabaja, trabaja hermoso, le dijeron, que con ese oficio ya ganarás para comer lentejas, mientras otros sin fatigarse se harán ricos.—Es verdad, pensó Juan Veleta, este oficio no es para mí, y tiró el azadon que recogió un pobre tonto del pueblo á cuya familia la Fortuna siempre habia mirado con desden.

Volvió á pasar la Fortuna y vió á su hijo tumbado al sol y fatigado de su ociosidad.

—Haragan, le dijo ¿crees que has nacido para eso? Vamos, toma ese libro y él te dirá cómo has de llegar hasta mi palacio, allí te espero.

Y desapareció.

Y vinieron de nuevo la Pereza y la Ignorancia y le dijeron.—¡Estudiar! Los sabios mueren siempre pobres, ese libro es la guia del hospital, pierde el tiempo leyéndole y fatiga tu inteligencia para morirte de hambre.

Juan Veleta tiró el libro, que cogió un hermano del que habia cogido el azadon.

La Fortuna volvió á pasar.

—Vamos, hijo mio, exclamó ya desesperada; veo que eres incorregible. Ni el trabajo mecánico ni el estudio te gustan; ahí tienes sin embargo un medio de hacerte digno de mí. No desdeñes este don; porque si no le empleas, no volverás á verme.

Y le dió un fusil.

Avergonzado de sí, Juan Veleta corrió á alistarse en el ejército; pero la Pereza y la Inconstancia le alcanzaron antes de acabar la primera marcha.

—A dónde vas á pasar trabajos le gritaron. Largas marchas, noches en vela, desnudez, hambre, frio, combates en que tú pones el trabajo y el general se lleva la gloria, y todo para morir de mala muerte ó quedarte inválido y pedir limosna. Hé ahí lo que te ha de dar la milicia.

Juan Veleta se dejó convencer y desertó aquella noche tirando el fusil que cogió otro hermano de los que habian cogido el azadon y el libro.

Y pasaron años y Juan Veleta se hizo viejo sin volver á ver á la Fortuna, y se vió tan pobre que recorría el mundo llevando tras sí á la Pereza y á la Inconstancia, y mendigando de puerta en puerta y pocos aliviaban su desgracia, y los mas, ni siquiera le mostraban compasión.

III.

¡Que mala suerte tengo! iba diciendo una tarde en que, mientras pasaba la tempestad, se habia refugiado

en el portal de una casa de campo. Hoy no he comido, no encuentro donde dormir y ningún placer compensa los dolores que me afligen. Entre tanto otros gozan y se divierten. Por ejemplo, el dueño de esta casa, es opulento, no tiene que pensar más que en divertirse y ¿qué ha hecho más que yo? Tener fortuna ¿Por qué el mundo está dividido en dos razas una de hombres que gozan y otra de hombres que padecen? ¿Por qué la fortuna no es para todos igual?

En este momento el dueño de la casa entró con su mujer y sus hijos que venían en un coche de un pueblo inmediato.

No había más que ver á aquella familia para conocer que era enteramente feliz.

Juan Veleta sintió que la envidia le roía las entrañas. Pero miró más al dueño de la casa y dió un grito; había reconocido en aquel rico labrador al pobre tonto de su pueblo que recogió su azadón.

El labrador le reconoció también y ambos se abrazaron.

—¿Pero cómo estás tan rico? preguntó Juan Veleta.

—A tí te lo debo, contestó el labrador; con el azadón que me diste cavé la tierra y en su seno encontré un tesoro con que he comprado estas haciendas.

Un nuevo personaje apareció entonces en escena. En su traje se conocía, que era un alto dignatario.

—Mira hermano mío, dijo el labrador, al verle entrar; aquí está Juan Veleta á quien debemos nuestra fortuna.

—Confieso que le debo la mía, exclamó el dignatario; en el libro que él tiró y yo recogí aprendí á conseguir riquezas y lo que es más importante á no necesitarlas.

—Y yo, dijo un general que entró en aquel instante, yo le debo también la mía. El fusil que tiró tenía por porta-fusil mi fija.

Este fue para Juan Veleta el último golpe.

—Es decir, exclamó desesperado, que he tenido constantemente la fortuna al alcance de mi mano y no la he cogido? ¿Es decir que soy un imbécil?... Pero no, lo que soy es desgraciado y vosotros venturosos; porque ¿qué culpa tengo yo de ser inconstante y holgazán? Yo no me he hecho á mí mismo.

—Pero hubieras podido corregirte, dijo la Fortuna apareciendo en el aire: todos estos han luchado, el uno con su cuerpo débil, el otro con su ignorancia, el otro con su miedo, y porque han vencido son dichosos. Tú, solo has tenido que luchar con tu pereza y te has dejado vencer por ella. Mientras la organización social sea la que hay ahora, conténtate con tu suerte.

IV.

Juan Veleta, se desesperó, lloró y se marchó avergonzado á un desierto. Allí se mantenía de la caza; pero para transigir con su pereza, se dedicó á la caza de espera.

Este ejercicio le absorbió hasta tal punto que no sentía pasar el tiempo, y un día y otro día le veían en la misma posición.

Al fin llegó á formarse en torno suyo una piedra en que quedó herméticamente cerrado.

Encima de esta piedra formó su nido la cria del conejo que él aguardaba.

Hace poco tiempo, unos obreros rompieron esta piedra y salió Juan Veleta de ella, como, de la que le envolvía, el sapo de que han hablado los ingleses, y lo primero que hizo fue recitar unos versos de Regnier que dicen:

«Nous sommes du bonheur de nous memes artisans,
Fabriquons nos jours ou fascheux ou plaisants.
La fortune est á nous, et n'est mauvaise ou bonne
Que selon qu'on la forme, ou bien qu'on se la donne.»

Los obreros se quedaron con la boca abierta oyéndole.

El siguió recitando unos versos de la *Odisea* relativos al mismo asunto y que parecieron á los obreros demasiado griegos, y por último se puso á contar un cuento de Lafontaine.

Entonces los obreros le dejaron por loco y se fueron á la taberna, donde entre copa y copa hablaron de este suceso; mientras uno de los concurrentes leía un largo escrito sobre la desigualdad de fortunas. Juan Veleta murió á los pocos días en el hospital.

CARLOS RUBIO.

MARINA ESPAÑOLA.

FRAGATA CARMEN.

La fragata *Cármén*, cuyo grabado damos hoy á nuestros lectores, tiene cuarenta y dos cañones, anda de 14 á 16 millas, y su máquina es de la fuerza de seiscientos caballos; ha sido construida en el presente año, y es uno de los buques que honran á la marina española. Ella contribuirá á que se convenzan propios y extraños de que no cesa el aumento de la armada principal, sino el único elemento del poderío de las naciones. No grandes ejércitos, sino ejércitos móviles, son los que hoy dan el cetro del mundo.

DOS MANCEBOS.

BALADA.

I.

Es Gualtero tan gallardo,
Tal gentileza es la suya,
Que ningún otro mancebo
Logró igualársele nunca.

De fuego tiene los ojos,
Sedosa la crencha rubia,
Fresca la tez sonrosada,
Noble y marcial la apostura.

Lo que pasa por su pecho
No hay quien saberlo presume,
Pues con rostro indiferente
Sus sentimientos oculta.

Y solo en breves momentos
Risa de altivez ó burla
Sobre sus delgados labios
Efímera se dibuja.

II.

El desdichado Lotario
Que durmió en la misma cuna,
Mal su grado, no se engríe
Con varonil hermosura.

Crespo es su pardo cabello,
Pálida su faz y enjuta,
Sin brillo sus tristes ojos,
Su aspecto sin gracia alguna.

Y aunque su tranquilo acento,
Que gravemente modula,
Siempre que resuena, siempre
Del alma el camino busca;

Junto al bizarro Gualtero,
Junto á su arrogancia suma,
Parece noche sombría
Tras clara noche de luna.

III.

Arde una pobre cabaña
Del bosque en mitad oculta,
Y amenazando incendiarla
Las llamaradas fulguran.

Entre el crujir de las llamas
La voz de un niño se escucha,
Que al padre ausente invocando
Pide auxilio en honda angustia.

Los dos hermanos que alegres
Cazan entre la espesura,
Ven aquel cuadro, y al verlo
Sus almas de horror se turban.

—¿Qué hacer? exclama Lotario,
Y una lágrima se enjuga.
—¡Partir! contesta Gualtero,
Y emprende cobarde fuga.

IV.

Mientras como ciervo herido
Bosque y valle raudo cruza,
Por el fuego entra Lotario,
Y su faz no se demuda.

—¡Tente! aquel de lejos clama:
Ve que tu muerte es segura.
—¡Dios me alienta! éste responde:
Un infeliz pide ayuda.

Y entre borbotones de humo
Que el incendio alza en su furia,
Cuando medroso Gualtero
Necio su heroísmo juzga,
Torna á salir victorioso;
Un niño en su pecho escuda;
Y cayendo de rodillas
Gracias al cielo tributa.

V.

Los que al bardo habeis oido,
Responded á su pregunta:
Entre la de cuerpo y alma,
¿Cuál es mejor hermosura?

ANTONIO ARNAO.

LA MISA DEL ALBA.

TIPOS DEL ALTO ARAGON, DIBUJO DE DON VALERIANO BECQUER.

Quando ya están amarillas las mieses y los labradores consultan con inquietud el cielo temerosos de que una

tempestad de verano les arrebatase de improviso el fruto de sus penosas tareas, los párrocos de los pueblecillos agrícolas suelen habilitar para las faenas del campo algunos de los numerosos días festivos de entre semana.

En estos días, llamados por el alegre repique de la esquila que voltea en la torre del lugar, los braceros y las espigadoras, apenas comienza á brillar en el cielo la primera luz, se dirigen á la iglesia, ocupan las naves que ilumina un resplandor dudoso, y repartidos por sus ámbitos en pintorescos grupos, oyen la *misa del alba*, que en algunos puntos de Aragón llaman de un modo más gráfico *la misa de los segadores*.

El dibujo del señor Becquer á que damos hoy cabida en las columnas de EL MUSEO, ofrece el cuadro de una de estas escenas en que el tipo especial de los actores, el rudo y franco abandono de sus actitudes y el carácter propio de sus trajes, puede darnos mas exacta idea de los usos y las costumbres de una localidad, que la descripción mas acabada y minuciosa.

EL SOL DE PERICO.

(CONTINUACION.)

IV.

Quando quedó Perico solo y recostado en el tronco de la higuera, dando vueltas á las sentidas palabras de su padre, presentábanse todos esos nada hogrosos antecedentes de su vida á su memoria poco ejercitada, encontrando muy aceptable en aquel momento el apodo del tío Juan, comparado con el de Perico *el de los palotes* que hacia diez años le habian regalado en el colegio entre pullas epigramáticas. Perico pensó también un instante en su pobre madre, y algunas lágrimas le subieron del corazón á los ojos en la duda de si los disgustos que él la habia causado podrian haber hecho acelerar la muerte de la bendita tía Antona.

En aquella disposición de ánimo se hallaba, cuando á él se acercó una muchacha como de unos quince años que llevaba una vara en la mano y que conducía cuatro hermosas vacas y un par de triscadores y bonitos *jatos*, como en aquel país llaman á los terneros. María, que tal era el nombre de la muchacha, llevaba el ganado del tío Juan á beber á una gran *poza* que tenia no lejos de la casa y al pie de unos viejos nogales, cerca ya del camino en que se alza una enorme cruz de piedra, frente á la cual una portilla de madera señala la senda que conduce á los pintorescos pueblecillos de Barro y Niembro.

—Buenas tardes, Perico.

—Hola, prima, exclamó el muchacho saliendo de su estado excepcional al oír la voz dulce y apacible de María.

—¿Qué *jaces* ahí tan triston, rapaz? ¿Riñóte padre? *Paezme* que no le tienes muy contento...

Perico, por toda contestación, extraordinariamente preocupado al sentir levantarse su conciencia contra él en aquellos momentos en que el sol descendía magestuoso á su ocaso, cogió maquinalmente la vara que la muchacha tenia, hizo un esfuerzo heroico y se adelantó á conducir el ganado á la poza. María le siguió con un palmo de boca abierta, pues le sorprendía aquel rasgo de laboriosidad de su primo, que ni por distracción habia tomado nunca parte en las faenas de la casa. En Perico debia tenerse como trabajo, y como trabajo fuerte el llevar el ganado al agua, cuando los labradores lo consideran solo como un paseo y hasta como un descanso de las labores del día.

Perico, de pie junto á la poza, mientras bebia el ganado, miraba unas veces al agua distraído y otras hacia con la vara rayas en la arena, como si quisiera ensayarse en trazar palotes mas derechos que los que pudo presentar en sus planas de colegial. María consideraba atentamente á su primo, retratándose en su rostro, blanco y dulce como la inocencia, ya la alegría, ya la compasión. Estaba verdaderamente bella aun en su desaliño, con el breve pie descalzo, el refajo encarnado por falda, en mangas de camisa, no de fina holanda, pero blanca como la nieve, y el pañuelo á grandes cuadros en la cabeza, recogiendo detrás las trenzas abundantes, pero dejando despejada la tersa frente, sobre la que caían bucecitos rubios y naturalmente rizados.

Las vacas bebian sosedadamente, levantando alguna vez la cabeza y sacando la lengua para lamerse el hocico del que caían á la poza gruesas gotas de agua. Los *jatos* ó terneros, inquietos y retozones, entraban en el agua, salían y tornaban á entrar, acercaban el morro á las tetas de las madres, que volvían hácia ellos la cabeza, mugiendo cariñosamente, corrían despues y saltaban, bufando, recelosos hasta de su sombra, y rascábanse contra los viejos nogales, descortezando el tronco con sus nacientes cuernos. Y las figuras de Perico, de María, de las vacas, de los *jatos* y de los árboles se reflejaban como en un espejo en la tersa superficie del agua, merced á la espirante luz del crepúsculo y al suave resplandor de la luna, que en Oriente aparecía melancólica.

En el mar empezaba el sol á sumergirse, despidiendo al día con sus moribundos rayos, que bañaban débil-



CASA DE MARINOS EN ARANJUEZ.

mente el triste rostro de Perico. Del mar salía aparentemente la luna, como magestuosa reina de la noche, á la que saludaba con suaves resplandores, que iluminaban el rostro interesante de María. Poco á poco se extinguían los últimos rumores de la tarde. Alguna vez el canto chillón que hace oír la pesada rueda del carro que atraviesa lentamente la ería, ó el grito del arriero que castiga impaciente á sus bestias para entrar en la carretera que á la villa conduce. A lo lejos y á intervalos el ladrido del perro vigilante y el canto monótono que produce el roce de las incansables alas del grillo; y como una voz solemne que domina todos esos vagos rumores, el toque de la oracion, con sus acentos pausados y melancólicos, que hacen que el alma se recoja para saludar con el Angel á la Virgen y para abismarse en el mar de los mas dulces y santos recuerdos.

Perico se quitó el sombrero al oír el sonido de la campana, y María, despues de murmurar la oracion, se dirigió apresuradamente á una pared de piedra ó murio, como dicen en aquellos pueblos, y miró hácia un crucero de caminos que dividian varios pedazos de maiz.

—¿A qué ya está esperándote el fantasma de tu novio? dijo Perico, interrumpiendo la larga cadena de recuerdos que le asaltaban.

—Allí está ya, replicó María, volviendo al lado de su

primo. A estas horas, añadió, riendo sencillamente, se planta todas las tardes entre los maizales y ni mas ni menos *paez* que un *espanta pájaros*.

—Y lo que es por lo largo, dijo Perico, bien se le puede confundir con esos monigotes de trapo que se ponen entre varas para espantar á los gorriones. Pero esos monigotes *pónense* donde crece el trigo, que por acá anda escaso. Entre esos maizales debe crecer alguna espiga.

—¿Si seré yo esa espiga de trigo, Perico?

—*Voilo* creyendo, prima. Y así Dios me salve como es el espanta pájaros de tu novio el gorrion sin alas que *vien* en busca del grano. Y el caso es que no hay quien espante á ese gorrion, como no sea una perdigonada.

—¿Y por qué se le ha de espantar? ¿qué mal te ha hecho mi novio?

—¿A mí? no sé... ninguno... Pero me escuece ver tan rico grano en el pico de ese pajaron de mal agüero. Largo, largo... y nada valgo.

—¡Vaya si *val!* dijo sencillamente María. Pregúntaselo á tu padre, que te le *pon* siempre como ejemplo por lo trabajador y por lo... El es pobre, eso sí; pero poco á poco hilaba la vieja el copo, y él, trabajando, trabajando en las fincas de don Rafael el indiano, ha conseguido que éste le prometa lo que yo *me sé* y tú verás también, Perico.

—¿Como no prometa don Rafael, Marica!...
—El tiempo es mas largo que mi novio, y todo te lo enseñará el tiempo, primo.

—Veremos, veremos lo que promete y cumple don Rafael, repuso con aire de dúa Perico, volviendo maquinalmente á trazar en la arena rayas torcidas, como los palotes de antaño.

María, que habia visto á las vacas y á los *jatos* subir hácia la casa, cansados de tanta conversacion, echó á correr detrás del ganado gritando: «¡Pulida, Galana!...» Detrás de María subió lentamente Perico, quien, pasado ya aquel momento de extraordinario asalto de la conciencia, que le habia agujoneado, volvía á su habitual flojedad y abandono, dejando en paz los deshonrosos y tristes recuerdos y cerrando el oído á los gritos interiores.

María arregló el ganado en la cuadra, le mullió la cama con hoja seca, le echó su racion de yerba y de puntas de maiz, que le arrebatában de las manos las impacientes vacas, ordeñó ó *meció* la Galana y la Pinta, madres de los *jatos*, entró luego en la casa, dejando sobre el hogar un jarron de leche, y saludando graciosamente al tio Juan y echando á Leal un mendrugo de borona, que el perro cogió en el aire, salió otra vez y bajó corriendo en busca de su novio.

El tio Juan, que, seguido siempre del perro, habia asomado á la puerta, precisamente en el momento de bajar muy decidido Perico hácia la poza, se habia animado un poco ante el engañoso impulso del muchacho, y ya le reservaba para la vuelta una palmadita de confianza paternal sobre el hombro y el nombre de Perico, pronunciado con cariñoso y suave acento.

Pero al ver que volvía sola detrás del ganado la graciosa y diligente María, y al verla desaparecer de nuevo con la agilidad y ligereza de una corza, despues de hacer la cama y servir la cena á las vacas y á los terneros, mientras el muchacho se iba acercando con su pachorra de siempre y tomando, al parecer, por su amigo el sol, la luna que serena brillaba, exclamó para sus adentros: «¡Esta *rapaza*... es mucha *rapaza!* Pero este Pedro de mis pecados, que se deja birlar la prima, cuando todos queremos que *todo quedase en casa!*...»

Y el tio Juan inclinó sobre el pecho la cabeza, moviéndola tristemente, como si se dijese á sí mismo: «Esto no tiene remedio.»

Perico, dando vueltas á la vara que habia cogido á María, se acercó paso á paso y fué, como acostumbraba, á recostarse en la higuera que el tio Juan le habia pronosticado se vendria al fin al suelo, por no sufrir el peso de su cuerpo inútil.

Leal daba vueltas inquieto del tio Juan á Perico, de Perico al tio Juan, haciendo oír sordos gruñidos, y no paraba mas que para mirar fijamente á la luna y ladrarla irritado, como si la luna tuviese la culpa del eterno *sol* del mozo y de las tristes cavilaciones del viejo.

Pero dejemos al triste padre, al hijo desgraciado y al perro leal é inteligente y sigamos á María, para que tenga la bondad de presentarnos á su novio, mozo que merece ser conocido.

(Se continuará.)

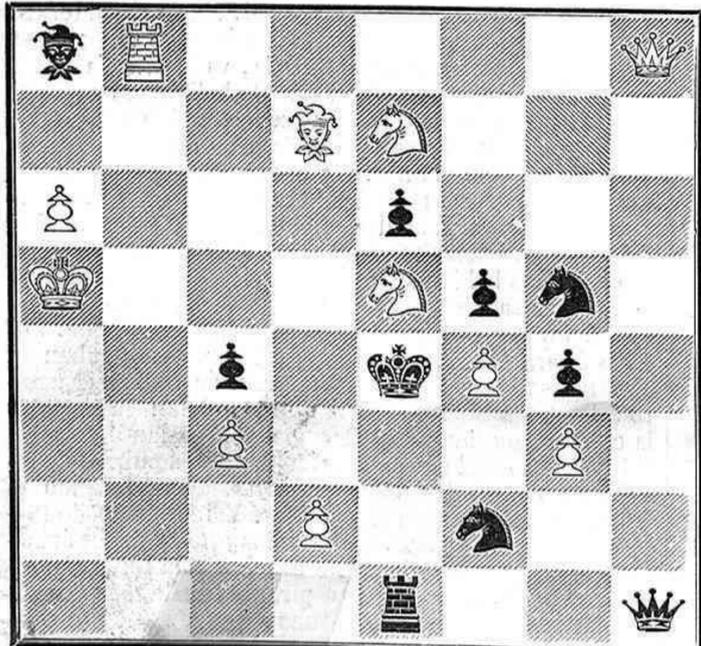
EDUARDO BUSTILLO.

JUEGO DEL AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 23.

COMPUESTO POR D. V. LOPEZ NAVALON.

NEGROS.



BLANCOS.

(LOS BLANCOS DAN MATE EN CUATRO JUGADAS.)

SOLUCION DEL PROBLEMA NÚMERO 21.

Blancos.

- 1.^a D c T D
- 2.^a T t C Jaq.
- 3.^a T t A Mate.

Negros.

- 1.^a D t D (A) (B)
- 2.^a A c A D

(A)

- 1.^a
- 2.^a C G C D Jaq.
- 3.^a D t A Mate.

- 1.^a Cualquiera
- 2.^a P t C

(B)

- 1.^a
- 2.^a C G C D Mate.

- 1.^a A c A

SOLUCIONES EXACTAS.

Café nuevo del Siglo, don C. Valdespino, don G. Dominguez, don E. G. de Castro, don R. Sirera, don R. Vargas, don A. G. de la Mata, don C. Diez, don D. García, don J. Alba, don V. M. de Carvajal, de Madrid; señores aficionados del casino de Lorca: don A. Galvez, de Segovia; don J. Martinez, casino de Tobarra. Las demás soluciones recibidas son inexactas.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Señor don M. F. de Lorca.—Los problemas que para su publicacion ha tenido la bondad de remitirnos últimamente, están defectuosos. El problema inverso en ocho jugadas, no tiene solucion; y en el de doce jugadas se obtiene el mate á la sétima con las mismas condiciones que se exigen.

GEROGLIFICO.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

No nombres la sogá en casa del ahorcado.



La solucion de éste en el número próximo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAS. IMPRENTA DE GASPAS Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRÍNCIPE, 4.